Sophia

Volumen 22, número 1, 2026, p: e1592 | págs. 1-2
ISSN 2346-0806
DOI: https://doi.org/10.18634/sophiaj.22v.1i.1592

EDITORIAL

La ignorancia en la era del conocimiento

Ignorance in the age of knowledge

Bibiana Vélez Medina[1*]
[1]Universidad La Gran Colombia, Seccional Armenia. Colombia.
*Autor para la correspondencia: rectoraugca@ugca.edu.co

En 2024, la humanidad produjo más datos en 48 horas que en varios siglos de la historia precedente. Nunca se había tenido tal volumen de información disponible, ni tal velocidad en su producción y circulación. Sin embargo, este crecimiento exponencial no ha estado necesariamente acompañado por un aumento proporcional en inteligencia, en juicio crítico o en comprensión profunda de la ciencia, el contexto o la velocidad del cambio. Por el contrario, se asiste a una paradoja inquietante: mientras se celebra la consolidación de la llamada "sociedad del conocimiento", emergen nuevas y sofisticadas formas de ignorancia. Hoy se navega en un océano de información, pero a la deriva, sin mapa, sin timón. Escondidos en un submarino de ignorancia, que se sumerge inmune en el mar del conocimiento.

Uno de los errores más persistentes de este tiempo consiste en equiparar información con conocimiento. La disponibilidad masiva de datos, almacenados en bibliotecas digitales, repositorios científicos y plataformas de acceso abierto, en definitiva, no garantiza su apropiación. El conocimiento no es acumulación, sino transformación. Requiere un proceso de memoria, interiorización neurológica, elaboración consciente, reflexión crítica y de integración afectiva, que permita que aquello que se aprende modifique nuestras categorías de comprensión, las formas de interconexión de datos en el cerebro y nuestra manera de actuar en el mundo.

La cultura digital ha convertido la información en un objeto de consumo. Se descarga, comparte, archiva y se cita con facilidad, pero raramente se somete al ejercicio lento de la interpretación. La ilusión de acceso permanente produce una falsa sensación de dominio: saber que algo está disponible sustituye, en muchos casos, el esfuerzo de comprenderlo. De este modo, la abundancia de información puede derivar en una forma particular de ignorancia: la incapacidad de discernir, jerarquizar y otorgar sentido.

En este contexto, emergen distintas manifestaciones de la ignorancia contemporánea. Una de ellas podría denominarse *"ignorancia ingenua"*: aquella que delega el juicio propio en figuras de autoridad: líderes políticos, referentes mediáticos o influenciadores digitales, sin ejercer una evaluación crítica. Esta forma de ignorancia resulta especialmente peligrosa en escenarios democráticos, donde la deliberación pública depende de ciudadanos capaces de argumentar y contrastar perspectivas. La historia ha mostrado con claridad que cuando el pensamiento autónomo se debilita, las estructuras democráticas se vuelven frágiles.

Una segunda manifestación de la ignorancia es la *"pereza de pensar"*, favorecida por la inmediatez tecnológica y el auge de la inteligencia artificial. La promesa de respuestas instantáneas reduce el interés y la voluntad de abordar las dificultades cognitivas frente a los retos exigentes de los problemas complejos. Pensar exige tiempo, esfuerzo y tolerancia a la incertidumbre. Sin embargo, en una cultura orientada a la eficiencia y al rendimiento constante, el pensamiento profundo aparece como una activi-

Recibido: 30/01/2026-Aceptado: 28/02/2026-Publicado: 15/03/2026.

Como citar:
Vélez Medina, B. (2026). La ignorancia en la era del conocimiento. *Sophia*, 22(1). https://revistas.ugca.edu.co/index.php/sophia/article/view/1592

Esta obra está bajo una Licencia Atribución/ Reconocimiento 4.0 Internacional.
Sophia Educación. Copyright 2026. Universidad La Gran Colombia.

dad improductiva, incluso innecesaria. La consecuencia es una creciente dependencia de dispositivos, herramientas de IA y sistemas automatizados que procesan información, mientras disminuye la capacidad individual de argumentar sin mediaciones.

Existe también una forma de *"ignorancia arrogante"*, que se reviste de autoridad y clausura el diálogo. Se expresa en discursos que absolutizan posiciones y descalifican la discrepancia. Paradójicamente, esta forma de ignorancia puede instalarse incluso en espacios académicos, cuando se pierde de vista que el conocimiento es siempre provisional y se construye en la confrontación razonada de ideas. La soberbia intelectual no solo empobrece el debate, sino que obstaculiza la posibilidad misma de aprendizaje.

Frente a estas expresiones, conviene reivindicar una forma distinta de ignorancia: aquella que reconoce sus propios límites, la *"ignorancia consciente"*. La tradición filosófica ha insistido en que la consciencia del no-saber constituye el punto de partida del conocimiento. Esta ignorancia lúcida no implica resignación, sino apertura; no es carencia, sino impulso. Se alimenta de curiosidad, humildad y disposición al esfuerzo sostenido.

En este escenario, la universidad enfrenta un desafío decisivo. No basta con ampliar el acceso a contenidos, ni con incorporar tecnologías emergentes en los procesos formativos. La tarea central consiste en formar sujetos capaces de apropiarse críticamente del conocimiento, de interrogar la información que consumen y de sostener conversaciones argumentadas en contextos plurales. La educación superior debe reafirmar su función como espacio de cultivo del pensamiento autónomo, de la deliberación y de la responsabilidad intelectual.

Ni la sociedad del conocimiento ni la era digital han eliminado la ignorancia; por el contrario, la han transformado. Reconocer esta transformación es el primer paso para enfrentarla. En medio del océano informacional que caracteriza a este tiempo, la tarea no es acumular más datos, sino formar criterios. Solo así la expansión del conocimiento podrá traducirse en mayor comprensión y no en una sofisticada multiplicación de la ignorancia.

Reseña de la autora:

Bibiana Vélez Medina, Universidad La Gran Colombia, Colombia. Editora de la Revista Sophia. Académica de la Universidad La Gran Colombia.

Conflicto de intereses:

Los autores declaran no tener conflictos de intereses.

Contribución de los autores:

Los autores han participado en la redacción del trabajo y análisis de los documentos.

Fuente de financiamiento:

La investigación fue financiada con recursos propios de la Universidad La Gran Colombia.